

Historia del barrio Boyacá

Finalista del Primer Concurso de Ensayo HISTORI-ANDO MI BARRIO 2024-2025

David Rojas Parra¹

ORCID: 0009-0007-0818-478X

Universidad Autónoma de Colombia (FUAC)

Artículo de reflexión derivado de investigación

Aprobado: 16-05-2025

Resumen

El objetivo del escrito es componer una narración sobre el barrio 'El Boyacá' desde la perspectiva de una familia fundadora. Se mostrarán los antecedentes que tienen en común los primeros grupos que dieron pie al desarrollo del pequeño conjunto, su condición política en ese entonces y su acoplamiento a un proyecto de modernización capital. Además, se propondrá una fecha del nacimiento del barrio debido a la confusión frente a este tema específico. Finalmente, con ayuda de los entrevistadores, se brindará un panorama de lo que pudo suceder en esa pequeña parte de Bogotá desde los años 1950.

Palabras clave: Política, migración, vejez, adaptación, fundadores.

History of the Boyacá neighborhood

Abstract

The purpose of this paper is to compose a narrative about the El Boyacá neighborhood from the perspective of a founding family. It will show the common

¹ Correo: drojas.parra@fuac.edu.co

background of the first groups that gave rise to the development of this small community, their political situation at the time, and their involvement in a capital modernization project. In addition, a date for the birth of the neighborhood will be proposed due to the confusion surrounding this specific issue. Finally, with the help of the interviewers, an overview of what may have happened in this small part of Bogotá since the 1950s will be provided.

Key words: Politics, migration, old age, adaptation, founders.

História do bairro Boyacá

Resumo

O objetivo deste artigo é compor uma narrativa sobre o bairro “El Boyacá” a partir da perspectiva de uma família fundadora. Serão apresentados os antecedentes comuns aos primeiros grupos que deram origem ao desenvolvimento do pequeno conjunto, sua condição política na época e sua integração a um projeto de modernização da capital. Além disso, será proposta uma data para o nascimento do bairro, devido à confusão em torno desse tema específico. Finalmente, com a ajuda dos entrevistadores, será apresentado um panorama do que pode ter acontecido nessa pequena parte de Bogotá desde a década de 1950.

Palavras-chave: Política, migração, velhice, adaptação, fundadores.

I

La infancia de Emilito se arruinó a los cinco años en aquella noche inolvidable. Aún recuerda cuando inclinó su rostro lastimero al suelo por la pena que sentía de ser visto por su infortunado amigo esconderse tras el palo de brevas donde se reían luego de enojar a Rosalbina Carrero de Rojas², quien iba en busca de los pillos que vaciaban su

² Ella es la madre de mi abuelo, el poncho, que en verdad se llama Alfonso Rojas Carrero, pero con ese apodo lo reconoció todo el mundo, y por fidelidad, me pareció justo que se mantuviera así. Es su historia, (el primer entrevistado) su confesión y lo peregrinaje a causa de los chulavitas.

lindo árbol, cuyas fructificaciones se renuevan cada seis meses. En esa ocasión, los dos amigos planearon la arremetida final para acabar con la paciencia de la furibunda porque les parecía muy gracioso verla crispas sus manos, sacudirse el delantal y enrojecerse.

Los dos criollitos fueron muy amigos y compartían la misma edad. Ponchito era hijo de Rosalbina y Elvirita Moreno fue la madre de Emilio, todos residentes del que sería más tarde “el jardín de Boyacá”, un pueblito famoso por ser el escenario donde ocurrió el primer matriarcado de América Latina, en cuyas paredes de la plaza central aparecen las pinturas de grandes mujeres: Tibasosa. La Carrero era audaz, labradora y bonachona. Fidelísima a su religión, contrajo una estrecha amistad con los agustinos de Ráquira que profesan aún la Fe de Nuestra Señora de la Candelaria hasta convertirse en *priosta*, o persona que dirige las fiestas religiosas. En sus escasos ratos libres, imaginaba con dicha las lecciones sobre Francisco de Asís y Fray Luis de León; aquello de que al enamorarnos se nos va el alma por los labios y sólo regresa a nosotros por el beso del amado o lo otro sobre el desapego material, aunque la única excepción a esta norma fue el árbol de brevas.

Esto trascurría en los umbrales de 1951. La sociedad colombiana se agitó por entonces en un movimiento pintoresco de hortensias cuyos zarcillos treparon unos en una lucha perpetua entre corolas azules y rojas; ellos conservadores y estos liberales, competían por ascender al sol de la política. En Tibasosa, el esposo de la Carrero, Víctor Rojas (como si no fuera suficiente con el apellido), se pasó al bando de los rojos en un departamento donde el azulejo predomina. Estos enviaron a sus polinizadores predilectos, los chulavitas, una especie que desde 1946 arranca de raíz a toda maleza roja.

Los pequeños amigos se despidieron ese día con su infantil abrazo. Al llegar a su casa, Emilito notó que su madre lo observó con un rostro frío como si el entrecejo apuntara al fondo de su imaginación y le diera con el dardo de su indiferencia. El hijo siguió de largo a su habitación dando vueltas acerca del nunca visto humor de su madre. En la mesita rústica veía enfriarse su chocolate con canela y queso. Cuando salió de su letargo para cenar, oyó a su madre implorar, suplicar y rogar a su marido que no saliera después de las nueve de la noche. Él, sordo a los ruegos de su mujer, tomó su poncho, se lo terció al hombro y salió a buscar a sus compinches. El niño comprendió que efectivamente había un problema y no se podía disimular más.

Impaciente por conocer el desenlace, Emilio no pudo dormir. Cuando a las once de la noche el sueño lo vencía, un sonido estentóreo se oyó por lo menos a medio kilómetro de distancia. Con mucho susto la criatura se puso las alpargatas, cruzó con agilidad de liebre el zaguán de su casa y todas las dudas acerca de sus padres esparcieron los nubarrones de su imaginación. Un camión atravesó los muros de 'La Esperancita', hogar de su travieso amigo, y cientos de azulejos con antorcha en mano, iban dispuestos a incinerar a los vástagos rojos. Como el palo de breva estaba a unos quince metros del sitio donde vivió la familia Rojas, Emilio se trepó a él para observar el final. Fueron escenas muy crueles para él. Un pisoteo como de guerra lo estremeció. Las sombras del fuego reflejaron los rápidos seseos de la familia. A los Rojas no les dieron tiempo ni de cambiarse la ropa: Ponchito se enredó en las piernas de Rosalbina como una culebrita desesperada, mientras la pobre señora huía con ojos cárdenos y apocados por ver en sus detractores a los mismos que el día anterior la saludaron con mucho garbo. Víctor fue el primero en huir porque era la primera presa de los chulavitas. Una hora después, una madre y un hijo sin abrigo veían a lo lejos crujir los

últimos pilares de su hogar al pie de una higuera. Esto sucedió en la noche del 6 de enero.

II

Entre la espesura verdosa de los sotos replegados de enredaderas y violetas, los tres Rojas se reunieron de nuevo y recorrieron tres kilómetros sin saber qué hacer de sus vidas. Sin una moneda ni refugio, Rosalbina propuso la iniciativa de ir a Santa Fe de Bogotá, donde unos agustinos que ya distinguían las nobles disposiciones de la madre no iban a musitar para alojarlos mientras conseguían un trabajo honrado. Salieron a la carretera y comenzó a lloviznar. Caminaron dos cuartos de hora cuando un buen samaritano que se dirigía en su camión hacia la capital vio a las tres figuras empapadas, con un niño en brazos todito emparamado. La escena le arrugó el corazón y decidió recoger a las sombras que se confundían en la neblina sabanera.

—Sumercé, aquí hay espacio, sigan. —dijo el conductor.

—Dios se lo pague, mi señor. —contestó Víctor.

—Luis Bermúdez para servirles en todo lo que pueda, mucho gusto. ¿A dónde se dirigen?

— Pensamos ir a la capital—intervino Rosalbina.

—Sumercé, pues imagínese que justo voy para allá a surtir unos negocios cerca de la plaza principal. Con gusto los llevo, vamos.

Con mansa inclinación del rostro, la humilde pareja le agradeció inmensamente a Don Luis. Al conductor le contaron la historia de su desdicha, no sin desparramar las lágrimas que reprimieron por la velocidad de los sucesos. Don Luis se conmovió mucho. El tiempo abreviado por la narrativa se movía con la rapidez de las ruedas.

Antes de puntualizar el fin del suceso, ya entraban a su nuevo hogar. Y justo cuando la pareja veía con ojos trasnochados, sueño y derrota a la llanura bogotana, se fijaron en su pequeño hijo, quien empezó a mostrar una actitud distante. El niño dormía intranquilo. En su sonambulismo alzó los brazos y abría las manitas como si quisiera detener algo y unas lágrimas le salían cuando decía - ¡No!, ¡no! -; abrió los ojos con mucho sobresalto, bañado en sudor frío. Rosalbina agachó su rostro y se lamentó hondamente por su niño. Un silencio muy incómodo opacó la cabina del camión, y ambos hombres reflexionaron sobre las consecuencias de un odio político tan sin fin, ahora en la figura de un jovencito cuya infancia se estropeó por culpa de los mayores. Los viajeros que entran por el norte de la capital observan todavía el bamboleo del búho bogotano, '*assia flameus*', oculto entre las ramas de los arrayanes, guayacanes y saucos³ que reciben a los bienvenidos. Una llanura espaciosa y húmeda que huele a tierra mojada, junto con el cargamento de guayabas del conductor, alegran el olfato y la vista. Poco después, la familia Rojas llegó al centro capitalino. Tras exagerar mil gestos de gracias y estrechar la mano del conductor una y otra vez, la pareja y su niño partieron hacia el occidente, y don Luis se fue a despachar en los mercados su cargamento traído de Vélez, Santander. El Ponchito seguía dormido. Aunque la nueva familia no sabía dónde era la sede de los agustinos porque la única indicación era ir hacia el 'occidente', por fortuna del cielo se toparon con un joven seminarista de los recoletos que fue puesto al tanto de las relaciones que la Carrero mantuvo con los de la Candelaria. Con buena disposición, el muchacho les indicó cómo llegar a su destino, no sin antes regalarles cien centavitos. Bogotá, por situarse al pie

³ Para ver los árboles del norte de Bogotá, véase <https://bogota.gov.co/mi-ciudad/ambiente/arboles-con-frutos-comestibles-en-las-calles-de-bogota>

de la cordillera oriental, está a salvo de los vientos del Meta⁴. Además, su historia parece seguir al sol porque empieza en el oriente y desciende hacia el occidente como si fuera una rampla. Por lo cual, la nueva familia debía bajar unas cuabras hasta encontrar en la carrera 24 los famosos ‘Trolley’⁵, un medio de transporte impulsado por cables y maniobrado por un hábil conductor. Este bus por sólo cuarenta centavos llevó al bogotano a su hogar. Desde el centro se dirigía hasta la calle 72, y allí doblaba hacia el occidente. Su destino final era el naciente barrio, Villas de Granada; su penúltima parada era San Fernando, destino de la familia Rojas, según las indicaciones del seminarista. Precisamente les regaló las monedas para que tomaran el transporte. Por fin Ponchito se despertó en medio del camino, se rascó los ojos y miró con cuidado a su alrededor. Sin su compinche y en un lugar que jamás vio, no pudo menos que entristecerse, y de mala gana recibió la guayaba que la mamita le guardó. Don Víctor dirá más tarde: —Cuando Ponchito se despertó le jugué una broma. Me acordé cuando leí en el convento *La Marquesa de Yolombó* del paisano Carrasquilla y le dije que la guayaba traía el hechizo de una bruja. El pobrecito veía la fruta con desconfianza, y además era grandota como en el cuento, pero tenía tanta hambre que hizo la seña de la cruz, se fío en Dios y se la comió con la esperanza de no hechizarse—. Finalmente, llegaron a su destino: San Fernando. Los recibieron con amplios parabienes, pues, lo dije antes, Rosalbina fue la patrocinadora moral y económica de las grandes francachelas con queso buñuelos y dulce de breva que se ofrecían en Tibasosa, lo cual explica sus celos por aquel arbolito. Como en el convento hubo

⁴ Acerca de los vientos que retiene la cordillera oriental, véase el ensayo sobre ‘el influjo del clima sobre los seres organizados’ de Francisco José de Caldas, en: <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll10/id/3989/>

⁵ Sobre la historia de los ‘trolebuses’ el periódico el Tiempo tiene este pequeño resumen: <https://www.youtube.com/watch?v=9l3o6mqZoNY&t=5s>

otros peregrinos, el vicario optó por conducirlos a un sitio que compartían a regañadientes con los padres salesianos. Cuando el susodicho se dispuso a llevar a los recién llegados al nuevo hogar, el buen seminarista con que se toparon en el centro de la capital se ofreció a llevarlos. Volvía el joven con el nunca comercializado Té de Bogotá, o *'Symplocos theiformis'*, cuyo uso lo propagó el padre José Celestino Mutis dos siglos atrás. Consistía el dicho Té en un arbustito de hojas palmatinervias (con venas) y florescencia rosa. Dejó la encomienda y llevó a la exhausta familia al caserío que se convertiría en barrio. Para llegar a él, porque no había otra forma de hacerlo, debían seguir hacia el occidente por un camino destapado hacia el barrio las Ferias. Luego, continuar por el camino de herradura que más adelante sería la calle 68. Finalmente, cruzar un Puente de Guaduas tendido sobre un desagüe por donde pasaría más tarde la avenida Boyacá. Cansados y con un sueño maltratador, la familia Rojas llegó a una comunidad de pequeñas familias con un pasado en común y el que nos ocupa en este caso: El barrio Boyacá.

III

Al barrio naciente no sólo llegaron seres humanos. De octubre a marzo, algunos alígeros también cansados, reposan en el Humedal Santa María del Lago: la celosa Tingüa de Pico Amarillo, el soberbio Copetón, la Mirla Patinaranja, el sagaz Cucarachero, el cotorreo chistoso del Turpial Amarillo, la Territorial Pato Medialuna, y unas repolludas Pirangas Rojas⁶. Ponchito, al ver esta ave, más por su color que por otra cosa, recordó cuánto le costó a su familia aquel color. Por otro lado, Rosalbina y Víctor salían de su inopia, pues su nuevo asilo, con surcos bonitamente distribuidos de

⁶ El catálogo de aves del Humedal Santa María del Lago se encuentra en: https://issuu.com/karenmahecha/docs/documento_proyecto_integrador

papa, trigo y duraznos, evocaron los recuerdos de su tierra perdida.

Aquellas tierras labradas pertenecieron a los padres salesianos, quienes alquilaban pequeñas fanegadas a los cabizbajos migrantes. A condición de labrar una pequeña parcela, las familias podían vivir allí. Así, luego de cerrar el negocio con un apretón de manos, los Rojas fueron a instalarse en una pequeña fanega. Al llegar, otras familias tímidas salieron a recibirlos. Esta gente, junto con los Rojas, fueron los fundadores del barrio: Los Moreno, Los Castellanos, Los 'Lucas', algunos 'Rodríguez' y los 'Gallos'. Todos provenían de tierras boyacenses, - ¡Bendito Dios! - dijo la Carrero: la confianza de ver a los suyos con unos bonitos duraznos y algunos tubérculos que estaban unidos a sus raíces como regalo de bienvenida; aquellas manos del cabecilla de los Castellanos repletas de mugre, vestido con alpargatas, pantalón de paño con remiendo verde y camisa ligera, hizo que los Rojas se sintieran en casa, sobre todo porque en Bogotá empezaban a adoptarse unas modas rimbombantes que daban mucha risa.

El nuevo hogar de los Rojas fue un área de unos ciento cincuenta metros cuadrados. Un ballado a tiro de caerse y unas espadañas bordeadas de bálago bordearon la zona. Al fondo, se veía un pequeño tugurio de casa que alguna vez fue blanca, construida de ladrillo y un techo pajizo conocido como tégula. Al costado izquierdo, en dirección a los cerros orientales, había dos matas de durazno, que alegraron mucho a Rosalbina porque el día del asedio, plantó una matica de la misma especie y el camión no tuvo piedad para aplastarlo. Ponchito siguió abrazado a la pierna de su progenitora, pero ella se lo quitó de encima para que agarrara confianza. Los vecinos, comedidos unos y chismosos otros, les indicaban las condiciones de la casa y les exageraban alguna cosa sobre los inquilinos anteriores.

La 'nueva' casa era iluminada por un candil situado en la sala, aunque había otro foco

en la habitación principal. Un tizón con una historia mas vieja que sus antiguos residentes avivó el fuego y pronto se iluminaron. El movimiento de las llamas reflejó las sombras de un ajuar rústico con sillas esparrancadas color verduzco, nadie sabe si por acción de la humedad o porque así era su color. La familia no se quejó. La comedida Rosalbina invitó a sus vecinos a degustar un dulce de durazno preparado con los que le dieron; vapuleó un delantal bien doblado que halló junto a una estufa de madera y con el tizón de San Isidro encendió unos troncos chamuscados.

La comitiva, por puro pesar de las sillas, no tuvo inconveniente alguno en sentarse sobre un suelo que reclaman unas maticas de manzanilla como resultado de la humedad. En Bogotá, la humedad se cuela por cualquier espacio y nunca discrimina. Por último, con un disimulado aviso de su madre, la hija de los Moreno se fue a su casa a traer unos platos de que carecían los Rojas, mientras los Cárdenas trajeron algunas resinas de canela y unas estrellitas de anís. Todos los invitados relamieron la vajilla porque la Carrero era iniciada en los secretos del almíbar.

En medio de la francachela, cada quién se presentó y resumió como pudo la historia de sus vidas. Agregando unos detalles y exagerando otros, supo la familia Rojas que la historia de sus paisanos fue similar a la suya: todos fueron expulsados de sus tierras por invadir el jardín de los azulejos. Apenas se instalaron al occidente de Bogotá, estos peregrinos imitaron los paisajes a los que estaban muy amañados. Cosecharon duraznos, trigo y papas de las más variadas especies hasta que se sintieron en casa. Finalmente, con el permiso de los salesianos, llamaron a su territorio 'El Boyacá' como recuerdo del lugar que tanto amaron.

IV

El nuevo barrio Boyacá tenía sus calles destapadas y cada cual llegaba a su casa no sin sacudirse el lodazal que se adhería a los pantalones y faldones. Víctor, mensualmente, daba informes a los salesianos sobre el estado de su fanega. Rosalbina labró fiel sus dominios a los que pronto embelleció. Cortó las espadañas, enderezó los cercos y trajo del humedal Santa María del Lago algunas ramitas de sauco que resultaban eficaces para la fiebre, muy común por la densa humedad capitalina y la acumulación de ramas putrefactas que infectaban el aire. Ponchito, que no conseguía amigos porque no los había de su edad, se recluía en el durazno y pasaba silencioso las tardes. Como dijo el autor del Quijote *“el aburrimiento engendra pensamientos”*: el niño pensó si escoger el bando rojo o azul.

No era difícil suministrar los enseres básicos. Una cuadra hacia el norte de la pequeña finca de los Rojas, en la calle que se convirtió en la 68, diariamente venían unos camiones cargados con tanques de agua que depositaban en unos contenedores y se recogían en canecas. Así mismo sucedía con la leche. Si por algún motivo faltó el agua, tres casas hacia el sur de los Rojas, los Moreno contaban con un aljibe que abastecía el líquido cuando fuera necesario. No existían los atanores porque también se encontraban en situación de desarrollo. La cañería interna empezó poco a poco a ser sustituida desde 1886⁷ por tuberías de hierro, pero la transición sucedía hacia el centro de la capital, no al occidente. La nueva cañería estaba prácticamente encima de la que hubo desde la época colonizadora y por esto muchas veces el agua llegó sucia. El problema se corrigió cuando en 1921 se aplicó el método de la cloración, por lo que el

⁷ Estos extractos sobre la historia del acueducto, provienen de un libro que publicó la alcaldía de Bogotá, y fue Registrado de la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá, por Ernesto Guhl Nannetti, el cual encontré en la biblioteca Las Ferias, pero no se haya en PDF.

agua, si bien no era pura, al menos estaba descontaminada. Este líquido clorado es el que repartían los camiones.

Puede decirse que este barrio Boyacá era maternal⁸. Entre los años cuarenta y sesenta, la población femenina era superior a la masculina, para contento de la Carrero, porque tenía con quien hablar sus secretillos. Además, las primeras tiendas que tuvo este barrio fueron construidas por mujeres: la tienda de Las Negritas que perteneció a tres hermanas cuyos padres las abandonaron, siendo que cada una se convirtió en la madre de la otra. Las tres criaturas llegaron a Bogotá como pudieron y convencieron a los salesianos para montar su negocio del cual vivieron hasta el día de su muerte, en paz descansan. Luego apareció la tienda de doña Flora, una fonda donde los labriegos bebían mistela y formaban su rochela⁹.

Acerca de la religión, muy necesaria para confortar las almas doloridas por los picoteos de los polinizadores o chulavitas, existía una casita tan humilde como las demás, tomada en arriendo por los agustinos recoletos que se expandían de San Fernando a las Ferias, y de ahí al barrio Boyacá, no sin algún recelo de los salesianos que veían la invasión agustina. ¡No fueron los salesianos sino los agustinos quienes fundaron la primera capilla del barrio! En menos de cuatro años, aquel joven seminarista que les dio la mano a los Rojas en su llegada a Bogotá ascendió a cura. Los recoletos lo enviaban al Boyacá a repartir mercado, promover la doctrina hasta que las familias se encariñaron con él. Poco a poco el nuevo cura, junto con la pequeña comunidad y

⁸ Moisés Cetre Castillo, artículo de la Universidad Nacional. Se llama: Bogotá en los años 50: el ABC de sus indicadores, se encuentra en: <https://urepublicana.edu.co/ojs/index.php/revistarepublicana/article/view/115>

⁹ Mi abuela Elsa es la segunda entrevistada, y ella fue quien me facilitó el dato sobre las primeras tiendas que tuvo el barrio. Fue importante para mí su testimonio porque mi abuelo Alfonso a veces exagera algunos datos.

sobre todo con la Carrero, montaron una capillita; cada cual traía sillas, mantos, imágenes santas y no faltó el de los inciensos. Como el cura se ganó el renombre con sus obras, como un cristiano, fue escogido por las familias para que fuera el representante de Dios, y sin más, fue el primer cura que tuvo el barrio, por siempre presente en la memoria de los que aún viven: he aquí, el querido padre Teodoro Baztán¹⁰.

El pueblo se propagó a la par las delicias legumbreras. En 1954, el militar y presidente Rojas Pinilla clasificó a la capital por localidades, siendo así que el barrio Boyacá se incluyó en la zona décima de Engativá de los Eucaliptos. Este nombre proviene de un vocablo chicba 'Inga-tiva' que traduce 'Puerta al Sol'.

Una calma regular, vida de labriego y recuerdos poco a poco reparados, sucedieron sin más complicaciones por la época de los cincuentas. Algunos confusos, en su afán de puntualizar una fecha, aunque falsa, establecieron en 1946 el año fundacional del barrio, de lo que se ríen con ironía los pocos fundadores. El verdadero problema con esta fecha mentirosa es que se convirtió en sentencia categórica.¹¹ En el Registro Catastral y en el instituto geográfico Agustín Codazzi hay dos mapas del año 46, pero en ninguno se incluye el barrio 'Boyacá' sino que aparece un puro terreno verde y sin nombre¹². Positivamente, hasta el momento en que Rojas Pinilla anexó la localidad de Engativá al distrito décimo, el diez y siete de diciembre de 1954 bajo el Decreto

¹⁰ El testimonio del primer cura que tuvo la iglesia, junto con lo que refiere a la orden de los agustinos, y el arriendo del lugar donde se montó definitivamente la iglesia, me lo contó el Sacristán Víctor Gonzales, de cincuenta y cinco años, quien se bautizó, comulgó y cursó en la dicha iglesia. Es mi tercer entrevistado.

¹¹ En la bibliografía anexaré una imagen que muestra dos páginas que afirman la fecha mentirosa.

¹² Puesto que en el instituto Agustín Codazzi no dejan tomar fotos, me fue imposible anexar los mapas. Doy testimonio fiel de que, si se dirigen al instituto, ubicado en la Av. Cra. 30 #48-51. Harán el mismo hallazgo. Con el registro catastral sucede igual, no dejan tomar fotos.

Legislativo N°3640¹³, no se puede hablar del barrio Boyacá. Sin, embargo, el curioso anónimo que compuso esta historia no se contentó con las pruebas y buscó todos los mapas que pudo. Para su sorpresa, encontró un mapa histórico de Bogotá del año 1952, donde se incluye el barrio boyacense¹⁴. Revisó con cuidado los mapas históricos desde los años 40 hasta el 55 y en ninguno encontró más rastros del barrio Boyacá. Por lo tanto, este anónimo propone el año 52 como fecha donde realmente el barrio se incorpora a la capital.

V

En el año cincuenta y cinco, el cabecilla de los Cárdenas montó la primera venta de carbón, que alivió los penosos trabajos de cortar una leña húmeda cuya quema producía un humero espantoso, y se agilizó la cocción de los alimentos tal como lo rememora su hijo Marcos Cárdenas, que hoy cuenta con 72 años¹⁵. Ese mismo año 55 se realizó el primer trazado urbano del barrio la Granja y se construyó una carretera que enlazó los barrios Tabora, Boyacá, El Real, Santa Helena y Santa María¹⁶, de lo cual el romántico Pablo Alfredo Suárez sacó mucho provecho, pues éstos nuevos vecinos, los Suárez, montaron en el Boyacá la primera carnicería, que en común remembranza

¹³ El decreto se encuentra en la página de la Secretaría jurídica Distrital: <https://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=1563>

¹⁴ Los mapas desde año 1940 hasta 1955 se hallan en el repertorio de ‘mapas históricos’ proporcionado por la Universidad Nacional, y se pueden consultar con toda transparencia en: <https://cartografia.bogotaendocumentos.com/>

¹⁵ Es mi cuarto entrevistado. El cual, hoy en día, tiene una pequeña carnicería unas cuadras hacia el sur del Boyacá, en el barrio ‘La consolación.

¹⁶ Esta información se consigue en una placa estampada en la pared del Humedal Santa María del Lago, donde se resume la historia de su conjunto. Anexaré foto en la bibliografía.

de las tierras que lo expulsaron, la llamó 'el llanero solitario'. Don Pablo Suárez¹⁷ también sintió el mismo desasosiego de los Rojas al llegar a una ciudad tan opuesta, en su caso, a la alfombra rústica llanera. Hoy en día don Pablo tiene 92 años, y con mucho esfuerzo para respirar, junto con una familia que lo deja poco a poco a su suerte, le contó al redactor anónimo de esta historia, en el parque La Consolación, un poquito de su vida, no sin decirle con risa flemática, más para contento personal: *"mientras siga vivo me puede encontrar en este parque todos los días"*. Aunque este risueño anciano tiene unos tubos dirigidos a sus fosas nasales que se conectan a una penosa pipeta de oxígeno, se da el lujo de contar chistes para consuelo de su volátil imaginación.

A finales de los cincuenta se redujo el espejo de agua del humedal Santa María del Lago por los nuevos levantamientos urbanos, con mucho pesar de los alígeros peregrinos, y en 1960 se hicieron unos rellenos en el humedal para adecuar un taller de trolebuses. Las futuras avenidas Boyacá y calle 80 enlazarían por siempre los tímidos y nacientes barrios al proyecto capitalino de expansión occidental, aunque sólo hasta el año 67 comenzaría el proceso de sedimentación de las dos mencionadas autopistas. El cemento de la famosa fábrica 'El Diamante' adosó y renovó los hogares del barrio Boyacá. Luego de estos diez años los Rojas disponían de cómoda silletería. Aquel aduar de casita suplantó el techo pajizo por uno que dispone de aleros para conducir el agua. Se construyó a principios de los sesenta el primer centro de salud, donde ahora queda la alcaldía, y el pesebrito de iglesia ya era toda un Arca de la Alianza, una construcción soberbia que los agustinos le compraron a los salesianos con los fondos de sus buenos fieles, acerca del cual la buena de Rosalbina, trabajando y ahorrando sus pesos, negoció, audaz, gran parte de la 'sillería del coro', que suplantó

¹⁷ Es mi quinto entrevistado. A don Pablo se lo puede encontrar en el parque de La Consolación todos los días, de diez a once de la mañana, tomando el sol con sus aparatos respiratorios

las poltronas, de lo cual se sintieron muy orgullosos los feligreses. El nombre de la iglesia fue “Nuestra Señora de la Consolación”.

A mediados de los sesenta, Ponchito ¡Qué digo yo! El poncho ya no era ningún santurretas, tenía 19 años. Su madre estaba a ras de los 55, y Don Victor debería tener 65. El poncho se formó con los recoletos, pero desistió pronto como su padre. Allí, luego de aprenderse en latín el *paternóster, maría regina, corpus christi* etc, lo introdujeron en la doctrina pura, en la conservación de los valores agustinos, y observó unos detalles que le chocaron. Comparó y observó su formación como muy similar a la que recibían los azulejos, quienes al parecer siguieron muy fieles aquello de ‘*a Dios rezando y con el mazo dando*’, de Santa Teresa de Jesús. Al igual que sus paisanos, el Poncho quería olvidar las desventuras pasadas relacionadas con los rojizos y azulejos. Decidió labrar su propio camino, y quiso volverse comerciante. Pero, así como las esperanzas nunca cesan, los infortunios tampoco.

Don Víctor Rojas se encontraba a finales de sus 64 años. En los quince años que labró su finca honradamente, ahorró lo suficiente para obsequiar a su familia la dicha de vivir una vida tranquila. Profundamente conmovido por el recuerdo de su hijo perturbado por los sueños, labró sin vicios y con juicio su tierra. Cada peso que ganó lo guardó en una cajuela de madera que todavía existe. Lo que no pudo comprar el cabecilla de los Rojas fue su salud. No todos los que arriman a la capital pueden sobrellevar el húmedo y espeso frío capitalino, producto de sus muchas lagunas. Se le entumía la nariz al pobre Víctor y despertaba como inundado de humedad, por la excesiva carga de oxígeno de los tiempos pasados. Aunque Tibasosa también es frío, la temperatura es ligeramente menor que en la capital colombiana, y además no cuenta ese pueblo con tanto lagunero. Como se sabe, el clima de la sabana bogotana contrae

los músculos y los vasos sanguíneos e impide la rápida fluidez de la sangre por la contracción nerviosa. Con el tiempo, se le formó una masita en la garganta que se llama coto, la cual lo condujo a la tiroides. Así, la entrada del aire a los pulmones se obstruyó gradualmente. Sin aire en los pulmones, el corazón no completa sus revoluciones de sístole (contracción) y diástole (cuando suelta). Así, a principios de mayo del año 65, faltó un comensal al llamado de Rosalbina al habitual desayuno de chocolate con canela y algún sobradito del día anterior. Como no aparecía el cabecilla Rojas, su mujer lo fue a buscar. Hete aquí: sobre una silla más cómoda de las que hallaron en su llegada, estaba tullido el pobre Víctor, quien se alistaba para trabajar, con la camisa blanca apuntada hasta los tres primeros botones, inánime, a causa de un paro cardíaco¹⁸.

Siendo fiel a la verdad, en el fondo de su corazón la buena de Rosalbina ya se preparaba para la desdicha. Les contó a sus amigas que temía por la vida de su esposo. Las infusiones del sauco que sembró en su casa no fueron suficientes. Doña Flora le recomendó ir hacia los cerros de Bogotá, por la vía que sube a la Calera. Allí se encuentran -decía doña Flora- algunas valerianas que le van a ayudar a desparpajar los tullidos del marido suyo. En efecto, era la *valeriana pilosa*, una de las 4 especies de valerianas cuya ubicación es la vía a la Calera. Su olor penetrante se percibe todavía al salir de la capital por dicha ruta. Lastimosamente, don Víctor no resistió. Lo vistieron muy a lo moderno el día de su velorio, con pantalón bota campana y camisa de lentejuelas que denotaban altas costumbres, pero honda vergüenza del difunto si estuviera vivo para verse en las fachas que tanto le hicieron reír.

¹⁸ Esto es una escenificación de la llamada ‘enfermedad de los cotos’, y se encuentra en un pequeño ensayo del padre Fray Vicente Luis de Texada, titulado ‘Memoria sobre las causas, naturaleza, y curación de los cotos en Santa Fe. Se encuentra en: <https://archive.org/details/b2931706x/page/n1/mode/2up>

VI

El poncho, ya con 24 años, gozó de complexión robusta, brazos alargados por traer de la calle 68 el líquido en las canecas y una espalda ancha como resultado de las bondades evolutivas de la papa. Su interés por convertirse en comerciante lo llevó a levantarse a las dos de la madrugada para irse a regatear en la incipiente central de Abastos, ahora para mantener a su pareja, la mojigata Elsa y a dos hijos recién nacidos, el niño Víctor y la niña Marcelita. Doña Rosalbina, viuda de Rojas, ya casi con 60 años, no quería encerrarse en la casa sin hacer nada porque pensaba cosas feas, así que mejor se iba con los agustinos a filosofar sobre los santos. Medieron los años setenta y se asomaban los ochentas. La casi vereda que fue el barrio Boyacá se convirtió en un espacio que se moderniza lentamente. Con las dos venas de la avenida Boyacá y la Calle 80, el comercio fructificó con éxito. Las fincas desaparecieron e insumos de primer orden como legumbres y líquidos de que ya no disponían, debían ir a conseguirlos casi a un kilómetro de distancia en la llamada avenida Rojas. En sólo veinte años, desde que llegaron los Rojas, el barrio no tuvo otra que adaptarse a los cambios tecnológicos y comerciales. Llegó el sistema de electricidad y el nuevo acueducto abrevió bajo los hogares del occidente capitalino. Nunca más volvió el señor con su camión cargado de agua; nunca más se vio a los hombres, mujeres y niños llegar a sus casas con canecas repletas; las cocinas de leña y carbón fueron reemplazadas por las de gasolina, y el tizón de San Isidro volvió con su santo o, mejor dicho, lo enterraron con él; incluso el humilde candil fue reemplazado por el novedoso bombillo. Finalmente, los sembradíos de papa, cebada y trigo¹⁹, que fueron el consuelo de los dolientes y nunca desesperanzados boyacenses, se cubrieron de cemento y el

¹⁹ Estos sembradíos me los dijeron las personas que entrevisté y no los dispuse por azar.

desarrollo remató el paisaje campesino.

Hasta el humedal Santa María del Lago fue intervenido por insatisfechos que introdujeron especies ajenas a su natural producción: una acacia japonesa, una palma de cera, algunos blancos jazmines, caballeros de la noche con flores concéntricas y unas orquídeas bien dispuestas y muy accidentales²⁰. De la misma forma, aquel barrio Boyacá se empezó a diversificar con nuevas familias que llegaron principalmente de Santander y del barrio Los Laches. Las nuevas familias se propagaron en el barrio como el invasor calabazo de flores amarillas por encima de las primeras florecillas del humedal²¹. Una de estas nuevas familias que llegó al barrio fueron los ‘Patebola’. Ellos fueron un conjunto de infortunados cuyas precarias oportunidades de estudio, desesperación, desolación, hambre y falta de oportunidades, los llevó a escoger la vida criminal. A las dos de la madrugada, el Poncho salía tuntuando de su casa no sin esconder su dinero para que no lo robaran, lo que nunca hizo. Al regresar de la central de Abastos, reconocida como tal desde 1972, ya no saludó con tanta demora a sus paisanos, sino que un leve gesto de manos ahorró el diálogo y pasaba a internarse a su casa por el miedo hacia los ladronzuelos.

Los ‘Patebola’ tuvieron, por así decir, su propio centro de enseñanza, distinto de la escuela técnica ‘Manuela Ayala’, único sitio de formación en el barrio cada vez menos

²⁰ Estas especies son producto de mis constantes visitas y chequeos a las especies que fueron introducidas por accidente.

²¹ Esta planta invasora, junto con la lentejuela a que me referí atrás sobre la muerte de don Víctor, concuerdan con las especies que se hallan en el Humedal y son específicas de allá, se encuentran en: “Catálogo de plantas invasoras en los humedales. Bogotá Humana”. Disponible en: https://oab.ambientebogota.gov.co/wp-content/uploads/dlm_uploads/2018/11/CatlogodeplantasInvasorasdelosHumedalesdebogot.pdf no está demás aclarar que toda ave y planta que describo pertenecen a la específica área del Boyacá y del Humedal, y no las coloco por simple efecto estético; todas las plantas se pueden encontrar si se acercan al Humedal. No me invento, en materia de plantas, lo que no hay.

boyacense. Los hijos del cabecilla oían las lecciones de su padre, el hombre más temido del barrio entre mediados de los 70 y 90. Con su rostro ahuecado por una mala alimentación, una piel cobriza y unos ojos extraviados, les decía a sus vástagos con su tufo característico:

—En mi chaqueta guardo unas monedas. Si sorprendo en el robo a alguno, les doy duro. Por nada del mundo se pueden dejar ‘pillar’.

Y Alex²², el mechudo y la pipeta, unos niños como cualquier otros, pero en una situación comprometedor, planeaban el robo, del cual salieron libres a excepción del primero, que se ganó una buena trompada porque tembló justo cuando tenía la mano en el bolsillo de la chaqueta. Era el único al que todavía le quedaba un poquito de inocencia. Sin la paz del alma, sin dormir tranquilamente y nunca tener confianza de nadie por estar rodeado siempre de maleantes, el cabecilla de los Patebola bebía por ver si en su letargo se olvidaba de su vida y de aquello en lo que se convertían sus hijos, porque en el fondo era humano como demostraron algunas lágrimas que derramó. En una ocasión, el pipeta se fue con su padre al barrio Las Ferias a comprar un licor malísimo con dineros nada honestos. Ya estaban borrachos cuando un corrillo de maleantes contrajo una pelea con los dos familiares, y sin dignidad ni respeto, padre e hijo fueron liquidados en una cantina llamada ‘Los Morochos’ que nunca tuvo buena reputación. Hoy en día, Alex es un habitante de calle que ronda por el barrio atento en busca de las sobras para poderse alimentar. Ese fue el destino e historia de los ladrones del Boyacá.

²² Alex fue mi sexto entrevistado. Todos lo conocemos y cuando podemos le damos monedas. Él se la pasa a dos cuadras hacia el sur de donde vivimos los Rojas. A cambio de darle cinco mil pesos, accedió a contarme solamente y con mucho recelo, un poquito de su historia. Me decidí a hacer esta entrevista porque el tal mencionado se la pasa vendiéndole cosas robadas a mi papá, quien se las compra de muy buena gana, y por tanto ya existía previamente una especie de relación.

VII

La presencia de los ‘Patebola’ disminuyó las relaciones de los paisanos boyacenses. Con un retintín de temor, cada quién volvía de su labor y se encerraba en su casa. El chismorreo habitual cesó con los años. Gracias a unas inversiones que el Estado hizo en aquel barrio temeroso de Engativá, se invirtió en el deporte. La nueva generación de los hijos del Poncho junto con los nietos de los primeros fundadores, se empezaron a interesar en el baloncesto, en el *voleibol* y en el fútbol. El niño Víctor voleó pelota con Carlitos y Enrique, Nieto el uno de los Moreno y el segundo de los Gallo. Gracias a estas inversiones estatales, los niños lograron por un momento, reunir a los temerosos hijos de los fundadores.

A mediados de los setenta ocurrió también que los ‘*Trolley*’, impulsados por el cablerío, dejaron de funcionar, y fueron reemplazados por nuevos buses, impulsados por los restos de un mastodonte, mejor dicho, con energías fósiles. Pavimentadas ya las calles que alguna vez fueron de herradura, cierta mañana la línea de buses ‘Panamericana S.A.S’ avisó de una nueva ruta por el barrio Boyacá. Al medio día, sonó el clac-son de los grandes buses amarillos. Nuevamente fueron los niños quienes recibieron a los buses mientras viraban banderitas rojas y amarillas con entusiasmo, de lo cual don Carlos Henao Rodríguez²³ se enorgullece mucho. Este hombre dio un detalle que hoy en día explica muchas cosas: el novedoso y bien recibido bus tenía un letrero que decía “Boyacá Real” lo que a todos les costó entender, porque a unas cuadras hacia el sur, efectivamente hay un barrio que se llama El Real, y es más nuevo que el Boyacá. Nadie entendía a qué se debió esa invasión de especies, de la que luego

²³ Es mi séptimo entrevistado. Los datos acerca del nombre erróneo ‘Boyacá Real’, y el recibimiento que hicieron los niños a la empresa de buses Panamericana, me fueron suministrados por Don Carlos, un hombre de 63 años.

se supo, fue una simple cuestión de espacio en el tablero de los articulados. Pero la gente empezó a asimilar juntos nombres. Ahora, con una fecha incierta sobre la fundación del barrio y con un nombre que ya no rememora esa versión en miniatura del departamento de Boyacá, en adelante, hasta hoy, alcaldías, registros civiles, escuelas, bibliotecas, adoptaron la mutación, y resultó por siempre amén, el barrio 'Boyacá Real'. En su búsqueda de información, el anónimo redactor de esta historia visitó la alcaldía, y luego de que una señora no muy amable redactara un derecho de petición para obtener información sobre el barrio, escribió 'Boyacá Real' y el joven no pudo menos que enajenarse. Por honra de los fundadores, le dijo a la servidora:

—Sumercé, este barrio se llama Boyacá, y no 'Boyacá Real'— La señora, ajena del malentendido, enarcó las cejas, se corrió levemente las gafas y le respondió:

—Ay papito, usted está como muy jovencito para decirme cómo se llama este barrio.

En fin. La mutación sucedía tanto en el barrio como en el humedal. La vieja espadaña que se encuentra en medio de la laguna fue cubierta por barbascos, juncos redondos, acacias, mortíños y pequeños pepinos, y los primeros fundadores ya no reconocieron el sitio. Algo que mutó para bien, fue el esfuerzo de los ancianos para que sus hijos y nietos se interesaran en otros pasatiempos que no fueran el monótono cotorreo de los azulejos y rojizos, y su misión concluyó exitosa. La excepción a esta norma fue el Poncho, que nunca pudo definirse en esta cuestión. Hasta sus últimos días, piensa cuál es la inclinación política más favorable. Unas veces está con los petirrojos y otras grazna con los azulejos, sin saber adónde pertenece.

Con el dinero que dejó el finado Víctor, el poncho se convirtió en un pequeño comerciante. Aprendió las trampillas del regateo. Unas veces compraba canastas de frutas engañosas que en apariencia se veían sanas y al fondo estaban podridas, y debía

botarlas; otras se las vendían tan verdes que las debía guardar en la casa y ser paciente hasta su maduración. Se volvió astuto y no se dejó engañar nunca más. Cierta día, oyó el sonido de un camión modelo cincuenta que le pareció algo familiar. Por alguna razón que no comprendió, le giraron espavientos en la mente y se dirigió hasta su propietario. Este venía del valle del Cauca, cargado con cajas de uvas. El aspecto del conductor competía con el camión por el título de la vejez. A continuación, se saludaron, y le dice el hijo de Víctor Rojas:

—Señor, buenos días. ¿cuánto cobra usted por el descargue?

—cinco mil pesitos, amigo. — dijo el camionero luego de luchar con una flema seca de perro viejo. (eso equivale, hoy en día, a unos dos millones quinientos mil, aproximadamente)

Los dos nuevos negociantes cerraron el trato. Cuando se preguntaron sus nombres, dijo Rojitas

—Dígame Poncho, que así me dicen mis cercanos.

—¿Poncho? ¡Ave María Santísima! ¿el hijo de Víctor y Rosalbina?

—¿cómo sabe usted?

—¡Claro! Ya me acuerdo, es que ese día usted dormía y no se acuerda ni jota.

En efecto, con la cojera habitual de la experiencia en quienes conducen y descargan camiones, el conductor resultó ser nada menos que don Luis Bermúdez, el samaritano que trajo a la familia Rojas a la capital, aunque tan viejo que su rostro parecía una uva pasa a punto de desprenderse de la rama. En esta ocasión hizo su último viaje, porque ya tenía el aviso de no manejar más por su ceguera gradual. Tras dos horas de abreviar tantos años que pasaron, al Poncho se le ocurrió una idea:

—Don Luis, si es verdad que no va a trabajar más, ¿podría venderme el camioncito

suyo?

Aunque lo pensó mucho porque su camión fue el sustento del viejo Luis y su familia, entendió que su comprador no era ningún extraño y ahora es el turno que otro paisano saque adelante a su familia.

—Es suyo mijo. — replicó don Luis.

Se fueron a hacer el contrato. Cuando llegaron al mutante barrio ‘Boyacá Real’, la Carrero, que ya no tenía la misma ligereza de paloma que a tantos sorprendió, al ver aquel amarillo camión de franjas rojas y rines blancos, se le vinieron las lágrimas y casi empapa de nuevo el seco corazón de don Luis. Las arrugas bien contorneadas, el cabello blancuzco, la sonrisa deschavetada, les dio mucho para hablar.

—Cómo para el tiempo, viejo— dijo doña Rosalbina.

—Vea usted cómo estamos, viejita linda, más allá que acá— respondió con voz rasposa el humorista de la muerte.

Algunas veces, muy pocas, se reúnen los pocos viejos que aún existen para contar sus chistes macabros. En el año de 1982, Rosalbina Carrero Viuda de Rojas, obtuvo un reconocimiento directo del Vaticano²⁴ por sus contribuciones a las fiestas litúrgicas. A finales de los noventa, después de tantas angustias y esperanzas, al fin halló su más que merecido descanso eterno. Desde el año 2000 en adelante, ya son muy pocos aquellos que aún recuerdan los viejos sembradíos de papa. La mayoría de los fundadores fenecieron uno tras otro, y las visitas a los cementerios se convirtieron en el único espacio donde se reunieron los pocos y muy contados fundadores, porque nunca más se volvieron a juntar como en aquellos primeros días.

Del Humedal Santa María Del Lago y del barrio ‘Boyacá’ no queda sino un recuerdo

²⁴ En la bibliografía anexaré la fotografía que comprueba esta mención.

muy desparpajado. A mediados del 2005, el poncho, ya oscilando los 60 años, volvió a Tibasosa con interés de saber si Emilio seguía vivo. Pasó por su primera casa y no era más que roña del bosque. Allí, una criollita que resultó ser la nieta del amigo y sabía muy bien la historia de su abuelo le dijo al Poncho lo siguiente:

—Luego que Emilio vio por última vez la sombra suya en la noche del seis de enero, contrajo un dolor tan grande que su madre, doña Elvira Moreno²⁵, no menos traumatizada que su hijo, empezó a inmiscuirse en la alcaldía y poco a poco ganó renombre. ¡Convenció a los azulejos de formar parte de la política! ¡una mujer! ¡y lo logró! Sus intenciones fueron construir un pueblo menos fanático y más indulgente con el prójimo, por más rojizo y cotorro que sea. Al fin, luego de unos años de intensa labor comunitaria, en 1958, doña Elvira se convirtió en la primera presidenta del consejo municipal en toda la nación. Ese día, aunque logró un avance importante para las mujeres de su pueblo, no estuvo con su querida amiga Rosalbina, de la cual se lamentó hasta el día de su muerte, y le fue tan fiel que no volvió a tener amigas tan queridas. Ése ‘Jardín de Boyacá’ que fue Tibasosa, apelativo propuesto por una mujer, tuvo por objeto detener la batalla de las hortensias rojas y azules; permitir que ambas convivan sin tener que fumigarse entre ellas. Emilito, atento a los esfuerzos de su madre, se convirtió en un gran hombre, aprendió a leer y a escribir por misericordia del cielo y fue secretario en la alcaldía. Lo buscó a usted incansablemente pero nunca lo encontró. Fue a Bogotá por los años noventa, pero en ese entonces, la capital ya era muy grande, y se regresó con el sabor de la derrota. Dio parte de su vida para buscar y decirle que podían vivir en paz en un jardín colorido. Sus buenas intenciones no dieron

²⁵ Doña Elvira se encuentra en los anales de esta ciudad, y fue capricho del escritor relacionar su historia con la de Rosalbina. Los datos se consiguen en: <https://situr.boyaca.gov.co/wp-content/uploads/2021/07/portafolio-Tibatours-tibasosa.pdf>

fruto, y justo un mes antes de que usted viniera, velaron a mi abuelito Emilio, con alma de un niño que quiso mucho a su amigo—. Así concluyó el relato de la nieta.

Esta es la historia del barrio Boyacá desde la vida del Poncho. Según el anónimo narrador, esta historia la escribió en hojas sin formato que encontró por ahí y luego encuadernó en una cubierta de cartón, y le pidió el favor a un niño que diera algo de inocencia a la presentación de este relato, aunque la criatura pintara el mayor mamarracho del mundo. Bajo un estante que sólo limpia el viento, en la esquina inferior del costado derecho, un letrero de palabras incompletas que sugieren el nombre ‘Engativá’, esconden esta pequeña pieza, en la biblioteca pública de Las Ferias²⁶.

BIBLIOGRAFÍA

1. CALDAS, Francisco José: “EL INFLUJO DE LOS CLIMAS SOBRE LOS SERES ORGANIZADOS”; publicado en ‘El Semanario’ periódico dirigido por Caldas; mayo 10, 1810. Disponible en: <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll10/id/3989/>
2. [NANNETTI, Ernesto Guhl: “NUESTRA AGUA ¿de dónde viene y para dónde va?”; publicado por la Empresa de Acueducto y Alcantarillado de Bogotá. \(EAAB\); 2021.](#)
3. [Historia de los trolebuses por El Tiempo. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=9I3o6mgZoNY&t=5s](#)

²⁶ Decidí imaginar este final basándome en lo que efectivamente se encuentra en esta biblioteca de barrio, la única de que disponemos. Allí estuve y revisé todo lo que había con relación a Engativá y el Boyacá, que no fue mucho. Me causó mucha curiosidad encontrar estos libritos, que en verdad existen. Estos se titulan “escritores de Engativá” y aunque todo en ellos son poesías, vi que era el único espacio literario conferido a nuestros barrios, por lo cual aproveché la ocasión para formar, imaginariamente, parte de ellos.

[4.CASTILLO, Moisés Cetre: “Bogotá en los años 50: El A.B.C de sus indicadores; Universidad Nacional; 2015. Disponible en:
https://urepublicana.edu.co/ojs/index.php/revistarepublicana/article/view/115](#)

5.TEXADA, fray Vicente Luis: “MEMORIA SOBRE LAS CAUSAS, NATURALEZA Y CURACIÓN DE LOS COTOS EN SANTAFÉ”; Santa Fe de Bogotá; 1797. Disponible en:
<https://archive.org/details/b2931706x/page/n1/mode/2up>

IMÁGENES


1. Comparación de dos versiones sobre la fecha engañosa de la fundación del barrio Boyacá:

1.1

Historia [\[editar\]](#)

Es uno de los barrios más antiguos de la Localidad de Engativá se funda en 1946 a partir de casas campesinas.¹

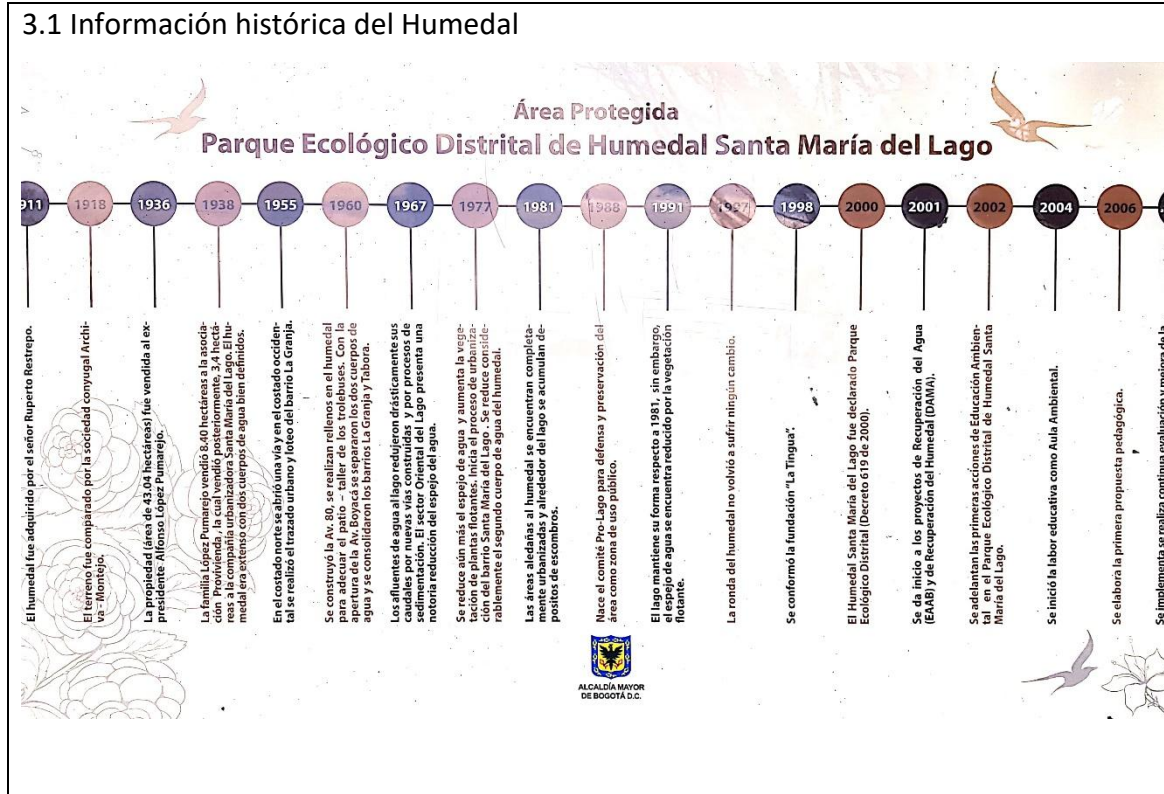
1.2

 Periódico El Hormiguero
12 de octubre de 2020 · 🌐

Historia del barrio El Real #Engativá

El barrio El Real se fundó hace 74 años, un día domingo 30 de junio de 1946, día en el que se conmemora la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, patrono del mismo sector.

3. FOTOGRAFÍAS ESCANEADAS



3.2 Reconocimiento a mi bisabuela Rosalbina



3.3 Dos imágenes sobre el libro literario de Engativá, en el cual me incluí imaginariamente y se encuentra empolvado en una esquina de la biblioteca.



4. ENTREVISTADOS

4.1. Alfonso Rojas Carrero. Él es el Poncho, mi abuelo. Actualmente tiene 81 años.

4.2. María Elsa Morales. Ella es la mujer del Poncho, mi abuela. Tiene 74 años.

4.3. El sacristán Víctor Gonzales, de 55 años. El fue quien me contó la historia de la iglesia, la disputa entre los recoletos y salesianos, también sobre el primer cura, el padre Teodoro Baztán.

4.4. Marcos Cárdenas, de 72 años. Su padre montó la primera venta de carbón, y me

habló sobre los cultivos de papa y cebada de que hago mención posteriormente.

4.5. Don Pablo Suarez. 92 años. Es el hombre con su pipeta de oxígeno al que le gusta contar chistes y lo podemos encontrar en el parque La Consolación, como bien dijo *“hasta que me muera”*.

4.6. Alex, el hijo menor de los ‘Patebola’, de 59 años. Es el habitante de calle que me contó la historia de su familia cuando le di cinco mil pesos. Insisto en que fue posible esta entrevista porque mi padre le compra con frecuencia relojes y cosas que se robó. Alex me conoce desde niño, así que no fue tan celoso al hablarme.

4.7. Carlos Henao Rodríguez. 68 años. El me contó sobre los trolebuses y sobre la ruta de buses Panamericana S.A.S, cuyos tableros lograron que este barrio se convirtiera en el Boyacá Real. El fue el más amable de los entrevistados, me gastó tinto y estuvo muy contento de contarme su historia.